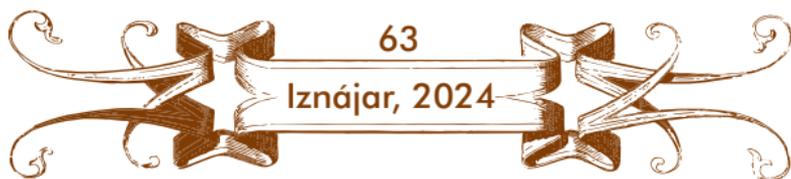




# RANURAS

*Alberto Echavarría*







# RANURAS

ALBERTO ECHAVARRÍA

63

—

2024

3

*Ranuras*

*Imprime:*

*Publicidad El Castillo  
C/ 9 de junio de 1910, 2  
14970 IZNÁJAR (Córdoba)  
Telf. y Fax: 957 53 47 19  
imprentaelcastillo@gmail.com  
www.publicidadelcastillo.com*

*Depósito legal: CO-763/2024*

**Miembros del Jurado**  
**Primer Premio de Relato Corto 2024**  
**Categoría Absoluta**  
**Ayuntamiento de Iznájar**  
**Publicidad El Castillo**

*Antonia Gómez Vidal.*  
*Salvador Ferreira Porras.*  
*Virginia Jiménez Pareja.*  
*Antonio Martos Muñoz.*  
*Maribel Sancho Quintana.*  
*Daniel Vázquez Barros.*



## **01 . Todo está caducado**

Mírala, Capitán. Mírala bajando por la avenida. Parece que llevara sobre los hombros el peso del universo. Pobre muchacha. Mira cómo arrastra los pies. Mira cómo agacha la cabeza. Mira esos brazos caídos. Hasta la carpeta parece pesarle, ¿no la ves? Lo que yo te digo siempre, Capitán: la viva imagen de la tristeza. No me digas que no la ves porque entonces estás más viejo de lo que pensaba. ¡Para un poco quieto, coño! Súbete al banco, eso es. No me pidas comida porque yo también llevo en ayunas por lo menos veinte horas.

Si tenemos suerte conseguiremos algo de comida más tarde, cuando cierre el supermercado: entonces tienes que ponerte a dos patas, como hiciste la última vez. Cuando los empleados salgan tú te pones a dos patas y ya verás cómo nos cae alguna cosa. Pero ahora mírala, ¿no la ves? ¿No ves a la chiquilla?

¿No ves cómo lleva en el rostro la misma pena de cada mañana? Algunas veces me lo pregunto; cómo puede haber tanta tristeza en una mirada tan joven. Cuántos le calculas tú, ¿trece? ¿Catorce? No muchos más, desde luego. Y mira cómo camina. Parece que estuviera vencida, como si paseara por el patíbulo. ¿Sabes una cosa, Capitán? Me gustaría estar dormido por las mañanas. Me gustaría que mis huesos se olvidasen del frío que han soportado durante la noche y que mis tripas se olvi-

dasen también del hambre para poder dormir hasta el mediodía, dormir toda la mañana y así no tener que verla bajando con esa pena. Pégate a mí, acurrúcate. Eso es, buen chico. ¡No tires el cartón, no me jodas! Ten cuidado con el cartón porque es nuestra herramienta de trabajo. Vosotros no sabéis leer, Capitán, pero si supierais leer tú también tendrías una mirada triste. No tanto como la de la chica, pero al menos como la mía, porque leerías lo que pone en el cartón y sabrías cuál es nuestro rol en esta historia, cuál es el papel que esta vida de mierda se ha encargado de repartirnos. ¿Sabes lo que pone en el cartón? Voy a decírtelo, Capitán. Escucha bien: una ayuda, paso hambre. Eso pone. ¿Qué te parece? Es lo único que tenemos, el cartón. Bueno, y estos tetrabriks de vino que rescaté ayer del contenedor. Mira lo

que pone aquí, justo en la parte superior del envase. ¿Sabes qué quiere decir esto? Es la fecha de caducidad. ¿Qué te parece, Capitán? ¡Las cosas caducan! Hay que joderse. Por eso encontré los tetrabriks en el contenedor, porque llevan dos semanas caducados. ¿Te imaginas el tiempo que llevaremos caducados nosotros? ¿Te imaginas cuándo vencería nuestra fecha de caducidad, si tenemos en cuenta que llevamos comiendo de las papeleras por lo menos diez años? Los dos estamos muy caducados, Capitán. En este mundo todo está caducado, hasta la lluvia que nos moja está caducada y enferma. Aquí no se salva ni Dios de esta caducidad general, y si no piensa en la chica. También ella parece caducada. Y si esa niña está caducada es que todo está caducado en este asqueroso mundo. La semana pasada, cuando pedía-

mos limosna a la puerta de la iglesia, el cura me dijo que no desesperara, porque hay seis santos velando por nosotros. Y debe de ser cierto, porque una vez entré en la iglesia y vi las seis ranuras para dejar la moneda a cada santo. San Lucas, San Pancracio, Santa Brígida, San Su Puta Madre... Como te lo cuento, Capitán. ¡Seis ranuras! Tú y yo competimos con esos santos por la limosna, y el cura me dijo que no desesperara porque esos seis santos hacían milagros cada día. Y yo le dije:

—Mira qué milagro hicieron conmigo, dejándome en la calle con unos cartones y un perro.

¿Y sabes lo que me respondió el cura? ¿Te lo imaginas, Capitán? Me dijo que tuviera fe en los santos, y ante todo que no desesperase y fuera paciente.

Entonces, ¿sabes lo que yo hice? Pues descojonarme, Capitán. Tuve que descojonarme cuando le escuché decir aquello, y entre risas alcancé a responderle que por eso no se preocupara, porque otra cosa no, pero paciencia tengo un rato, porque en el banco de la calle donde duermo cada noche llevo esperando durante más de diez años a que llegue el maldito día en que alguno de sus seis santos quiera ayudarme. Eso le dije, Capitán.

## **02 . Firmo en tu nombre**

Hoy es veintitrés, por eso escribo los insultos. Los escribo en mayúsculas y con letra clara, para que se lean bien. Muy ordenaditos, cada uno debajo del otro.

Escribo:

ENGENDRO

Escribo:

ZORRA

Escribo:

PUTA

Escribo:

BABOSA

Escribo:

APESTOSA

Escribo:

ESCOCIDA

Escribo:

ADEFESIO

Ahora escribo las frases.

Escribo:

VAS A REVENTAR DE FEA

Escribo:

SI DAS MÁS ASCO NO NACES

Escribo:

ERES DE CALVARRASA DE ARRIBA: RASA DE  
ARRIBA Y CALVA DE ABAJO

Escribo:

VUÉLVETE AL CAMIÓN DE LA BASURA.

Escribo:

HAREMOS UNA FIESTA CUANDO PALMES.

Todo eso escribo en el folio. La hojilla la pego con celo. Las compro cada mes, siempre en el mismo sitio. El tipo de la droguería yo creo que anda algo mosca, porque el otro día me soltó:

—Hojillas de afeitar, qué harías tú sin ellas, ¿eh?

Pero yo no le hice ni caso. Me encogí de hombros, casi sin mirarle.

—Van bien para depilarse—, le dije antes de marcharme. Ahora firmo al final del folio. Como cada veintitrés de cada mes, firmo en tu nombre. Espero que no te importe. Luego echaré las cartas en el buzón de siempre. Aparte de eso, poco

más. Porque cada mañana es lo mismo. El mismo golpe al despertar. Como si el despertador hubiera estado esperando ansioso durante toda la noche a que llegara el momento de sonar para soltar su mala hostia despertándome de un puñetazo. Cada mañana es lo mismo. Abrir los ojos y darme de bruces con un sol que no calienta. Un sol mezquino y frío que llena con su luz sucia la habitación para dar forma a cada cosa, a cada rincón, a cada objeto que ya no me interesa, que ya no quiero ver. Cada mañana es el mismo asco cuando suena el despertador, cuando desayuno masticando sin ganas esas tostadas, cuando avanzo cada paso camino del instituto. Cuando me siento al lado de tu pupitre vacío. También está vacío el de ellos, ya lo sabes. Los expulsaron a todos. Mandaron a casa a esos hijos de puta. ¿Te acuerdas del

Floro, ese bedel calvo y gordo que es tan tonto? ¿Ese que siempre nos metía prisa para volver a clase? Pues ha cambiado desde que no estás. Cuando te fuiste vino a decirme cuantísimo lo sentía. Se le quebraba la voz al hablar. Y no veas cómo me trata ahora. Sólo le falta ponerme una alfombra por donde piso. Es como que ser tu mejor amiga me haya dado superpoderes. Entonces pensé que el Floro podría servirme. Que podría echarme un cable con las direcciones para las cartas. Es tan tonto que cuando le dije que debía de haber algún error con mis datos porque las comunicaciones del instituto no me llegaban, se ofreció para acompañarme al aula de informática donde está el servidor. Y me dejó mirar a mi antojo. Allí estuvo esperándome con esa cara de lelo, como si estuviera en la parra, ya sabes. ¡Qué per-

sonaje, el Floro! A mí ni me miraba: estaba abducido toqueteando la pantalla de su teléfono. Así que genial, porque me copié las direcciones en un pen drive. El Floro... ¿Sabes que la larguirucha del último curso, esa que está casi siempre empanada, hace unos meses me preguntó por qué te fuiste? Yo creo que vive en otra galaxia. Por qué te fuiste, me preguntó la tía. La gente no tiene ojos, ni oídos. Yo le contesté al momento, como si lo hubiera estado esperando:

—Por el asco. Se fue por el asco.

Y ella se me quedó mirando con esa cara de no saber muy bien qué decir. Después yo continué hablando, ahora ya sin mirarla, solo concentrándome en ver cómo cambiaba el color de mis dedos cuando yo enlazaba mis manos apretando con toda la fuerza.

–Por el asco de tener que ver las mismas noticias de mierda cada día–, le dije.

–Por el asco de tener que escuchar las mismas conversaciones de mierda cada día–, le dije.

–Por el asco de tener que estudiar las mismas asignaturas de mierda cada día–, le dije.

–Por el asco de tener que prepararse para vivir en un mundo de mierda en el que sólo importa ser competitivo y no importa ser feliz–, le dije.

–Por todo ese asco.

Eso le dije. No veas qué cara puso. A ellos ni los mencioné, porque casi me subía la arcada solo de pensar en nombrarlos. Y poco más. Aquí sigo, viendo cómo la

vida se burla de mí desde que tú ya no estás. Porque la vida siempre se burla. Siempre. ¿Sabes? He cambiado el recorrido cuando bajo al instituto. Ya no voy por dónde íbamos las dos. No puedo seguir ese camino. La primera vez que intenté hacerlo sola tuve que darme la vuelta, porque sentía que mis pisadas iban borrando tus huellas. Esas huellas tuyas todavía recientes. No. Yo no podía borrarlas. Así que busqué otra alternativa. Un camino diferente colgada de una carpeta que cada día me pesa más. Y en ese camino nuevo siempre me encuentro con alguien que te hubiera gustado conocer, estoy segura. Un mendigo que duerme en un banco con un perrito, justo al lado de esa tasca con olor a gambas a la plancha donde a veces íbamos los domingos. Lo veo cada mañana. Siempre está mirándome en el banco. Hay

veces que me gustaría llevarle el almuerzo que mi madre se empeña en prepararme cada día y que ya nunca me como, porque yo ya no tengo hambre desde que tú no estás. Siempre lo tiro en el recreo. Por eso me gustaría llevárselo, acercarme al mendigo y darle los sándwiches, pero no tengo fuerzas. No me apetece acercarme a nadie. Solo me apetece llegar al instituto y sentarme en mi sitio, al lado de tu pupitre vacío, para que pasen las horas cuanto antes. Para que pasen la horas, para que pasen los días, para que pasen los meses.

Entretanto, sigo enviando las cartas. El veintitrés de cada mes, como el día que tú te fuiste. Ese día las echo al buzón. Las cartas con los insultos que te decían. Los que también me decían a mí cuando trataba de defenderte. Allí están todos, en las cartas. Escritos de mi puño y letra. Y al

final del folio, la cuchilla. Pegada con celo, la cuchilla, con la frase al lado: “para el día que decidáis cortaros las venas por lo que me hicisteis”. Eso les pongo siempre. Y tu firma. Porque firmo en tu nombre. Cada mes firmo en tu nombre. Espero que no te importe. Firmo con la esperanza de que algún día, cuando alcance el buzón con las cartas debajo del brazo, esa ranura se esté quieta. La ranura del buzón. Firmo con la esperanza de que un día por fin se esté quieta y no se arquee cuando la miro, formando esa cruel sonrisa.

### **03. Larios con cola y Sertralina**

Es un monstruo que me come por dentro. Un monstruo que me devora sin piedad a dentelladas. Y esta es mi forma de defenderme. Porque al escucharlas ca-

er, al oír esa música cuando ellas caen, clin clin clin, es como que el monstruo se apacigua. Porque ese engullir de la máquina cuando las voy metiendo en la ranura tiene algo de salvador. No lo sé, es como que ese sonido anulase al monstruo, como si ese clin clin clin impidiera por un momento que mi cabeza vuelva al pensamiento de siempre, al único pensamiento posible para tu madre y para mí desde que tú te marchaste, ¿comprendes? No es tanto pulsar los botones, ni ver las frutas girar con ese vértigo en la pantalla, ni siquiera escuchar la música al tiempo que leo cada mensaje en esos rótulos irresistiblemente luminosos: pulse, pulse, pulse, doble, nada, ¡premio! Qué va, no es nada de eso. Es meterlas por la ranura y dejar que caigan en ese abismo, acaso un abismo parecido al que tu madre y yo hemos caído. Pero

ante todo, recrearme. Recrearme en el ejercicio de verlas caer. Recrearme con ese sonido cuando la máquina las traga, clin clin clin. Y parece que eso molesta al monstruo, porque durante ese rato no suele venir a morderme. Ese es mi truco. Bueno, también el Larios con cola, te lo reconozco. Pero ante todo, las tragaperras. Cada día visito todas las del barrio. Voy de bar en bar recorriéndolas todas y así libro a tu madre de tener que ver esta tristeza que soy yo cuando estoy en la lavandería. Al principio tuve algún problema, no te creas, porque la Sertralina y el Larios con cola se empeñaban en mezclar fatal, y cuando veía las frutas girando con esa música endiablada y esos mensajes que se te meten hasta el tuétano, pulse, pulse, pulse, doble, nada, ¡premio!, ya me ocurrió alguna vez que las tripas se me retorcieron

más de la cuenta y tuve que evacuar allí mismo, en medio del bar. Imagínate el número. Imagínate qué hubiera dicho tu madre en sus buenos tiempos si lo hubiera sabido. Pero ahora esas cosas le dan lo mismo, ¿sabes? Todas las cosas le dan lo mismo. Un día se lo conté, porque desde que tú te marchaste a mí también me da lo mismo contar o dejar de contar, hacer o dejar de hacer, escuchar o dejar de escuchar, y ella no dijo ni mu. Con lo que tu madre era, ¿te acuerdas? Pues ni pío dijo, la mujer. Mantuvo unos segundos su mirada vidriosa con esa cara que ahora tiene que es como si fuera de cera, esa expresión que no es de tristeza ni de cansancio ni de resignación ni de nada, que es más bien la expresión de lo inexpresivo, casi el mismo gesto de los maniqués que hay en esas tiendas de ropa que ella y tú solíais

visitar cada sábado. Pues así me miró unos segundos, hasta que dijo:

–Me voy a la iglesia.

Es lo único que hace ahora, ir a la iglesia. ¿Qué te parece? Tu madre, que no fue a misa un solo día cuando tú estabas, ahora no sale de la iglesia.

–¿Qué haces tanto tiempo allí?–, le pregunto yo a veces. Y ella me mira con esos ojos cansados antes de responderme:

–Pues rezar.

Pues que rece, pienso yo. Porque cada uno llevamos lo nuestro a nuestra manera, ¿no crees? Es igual que lo del viaje a Manacor, ése que íbamos a hacer los tres este verano. Tu madre ya tenía sacado todo: el vuelo, el hotel, hasta reservó los restaurantes, aunque todavía estábamos

en el mes de enero. Ya sabes cómo es ella de previsora. Pues no ha querido cancelarlo. Dice que el viaje sigue adelante. Yo le sugerí que al menos cancelara tu billete de avión y tu habitación de hotel, pero no veas cómo se puso. En buena hora lo dije. Me miró con los ojos encendidos, así apretando los puños como hace ella, y me dijo entre dientes que no lo dijera ni en broma.

—De la niña no se toca nada —añadió después, acariciando la cruz de esa cadena que ahora tiene colgada en el cuello. Así que me puse a leer el periódico y ya no dije nada más. No lo sé, le dan arrebatos extraños a tu madre. Está sumida en su mundo, seria y distante, y a veces le entra como una alegría repentina que resulta inexplicable, como si en un segundo todo fuera maravilloso. Yo creo que es la medicación. Desde que se la ajustaron tiene

desequilibrios. Pasa de estar inerte, casi como una piedra, a estar eufórica, exultante. Y a veces hace cosas raras. Como cuando le dio por usar a todas horas las aletas de buceo que... Pero estaba contándote lo del bar; ahora siempre me llevo una bolsa al bar, ¿sabes? Cojo una bolsa de la lavandería y si alguna vez la Sertralina y el Larios con cola se empeñan en joderme la marraña, saco la bolsa y allí me vacío. Así no les mancho el suelo. Así no tengo que escuchar las quejas del dueño del bar cuando sale del mostrador y viene con la fregona soltando improperios. Y nada más, esta es mi vida. Aquí sigo con la tragaperras. Y mientras saco otra moneda y la cuelo por la ranura, me da por pensar una cosa. Mientras veo girar las fresas y los plátanos y los limones en este bar de mala muerte que apesta a gambas a la plancha, me da

por pensar qué hacer si un día me toca el premio. No las cuatro monedas de siempre (esas las devuelvo a la máquina): el bote. El premio gordo. Porque yo no juego por dinero. Ya lo sabes: las lavanderías van como un tiro. Pronto abriremos la cuarta tienda. Ganamos más de lo que necesitamos. Entonces, ¿qué dinero me hace a mí falta? ¿Qué condenado dinero podría pagarme que tú...? No. No es por dinero. Es por vencer al monstruo. Sacudírmelo de encima, al menos durante un rato. Por eso juego. Y mira si es perra la vida, que mientras estoy pensándolo es esa música de fiesta cuando las tres frutas coinciden: fresa, fresa, fresa. Ahora ese mensaje que resuena en el bar con escándalo: ¡premio! ¡premio! ¡premio! Entonces es ese eructo metálico cuando la máquina escupe en tropel el arsenal de monedas. Y escupe. Y escupe. Y sigue es-

cupiendo. Y ahora es esta risa floja, porque dime, ¿es perra o no es perra la vida? ¿Es perra o no es perra la vida? En fin, qué te voy a decir yo a ti. Qué voy a contarte yo a ti de lo perra que es la vida. Y aún con la risa floja, voy metiéndolas a puñados, todas las monedas en la bolsa. El camarero me felicita. Yo no respondo, me encojo de hombros y salgo a la calle dando un traspies. Allí me quedo plantado, con la bolsa de nuestra lavandería llena de monedas en mitad de la calle, como un pasmarote. Entonces lo veo. Está dormido en el banco. El tetrabrik de vino en las manos. Esos harapos mugrientos. Un olor que llega hasta aquí. El perrito mueve la cola cuando ve que lo estoy mirando.

## **04. Ahora y siempre, aquí conmigo**

Rezo por ti cada día. Rezo porque yo sé que sigues aquí. Rezo porque yo sé que no te fuiste. Sigues conmigo. Por eso rezo. Y al rezar pienso que cada persona de las que están aquí, en los bancos de la iglesia, son personas afortunadas. Porque están cerca de ti. Acaso ellos no lo sepan, pero yo sí que lo sé. Yo sé muy bien que estás aquí. Yo sé muy bien que estás conmigo.

Ahora y siempre, aquí conmigo. Tu padre no sé qué hace últimamente. Se escapa mucho de la lavandería. Yo creo que se va al bar, porque cuando hablo con él cara a cara, esas pocas veces en las que nos detenemos los dos unos segundos para decirnos alguna cosa, es ese aliento que llega hasta mí como una fruta que se va pudriendo. La podredumbre. Es la misma

sensación que yo tuve en esos primeros días en los que tú no estabas, o mejor dicho: en los que yo no sabía verte, porque tú siempre has estado, ahora y siempre, aquí conmigo. Bueno, pues eso, la misma sensación de entonces; que cada cosa se pudría. Mirase donde mirase era ese convencimiento de que todo se pudría a mi alrededor, porque el mundo parecía envuelto en el aroma de la putrefacción. El mismo aroma que ahora se desprende en el aliento de tu padre. Pero yo no le culpo. Que haga lo que quiera. Porque al final todo es mucho más simple de lo que parece, todo se reduce a estar preparado para los cambios, tan sólo eso. Los cambios que hay en la vida. Asimilar esos cambios que el Señor nos propone para que aprendamos a vivir de otra forma. Él quiso que tú aprendieras a vivir de otra forma. Que tu

padre y yo aprendiéramos a vivir de otra forma. Y si tu padre lo asimila mejor con unos vinos, unas cervezas, o lo que quiera que tome, pues no voy a ser yo quien lo juzgue. Aunque eso sí, me da un poco de pena que al acercarse tanto al alcohol después se aleje de ti.

Porque tengo la sensación de que él no se da cuenta de nada. Una vez se lo dije:

–Pero es que, ¿no lo ves? Y él:

–¿El qué?

Y yo:

–Lo afortunados que somos.

Y él me miraba con esos ojillos enrojecidos, sin saber de qué le hablaba.

–Lo afortunados que somos de que la niña esté con nosotros, iluminando cada momento del día–, maticé después.

–Claro –respondió él con esa mirada perdida que arrastra siempre. Pero yo creo que lo dijo por decir, sin ningún convencimiento. Y eso sí que me pone triste. Porque tu padre no se da cuenta de lo más importante: que tú sigues con nosotros. No se da cuenta, el pobre. Imagínate, hasta quiso cancelar el viaje a Manacor. ¡Con la ilusión que yo tengo de que vayamos los tres este verano!

Ahora me santiguo mirando la talla del Señor, al fondo de la iglesia, porque fue él quien me lo reveló al oído. Me reveló que tú vendrías. Que vendrías a ese viaje, como vendrás a cada rincón donde yo vaya. Porque tú sigues conmigo. Ahora y siempre, aquí conmigo. Hay algo que no te he contado: te habíamos hecho un regalo. Tu padre y yo te compramos unas aletas de buceo, para que las estrenaras en el

viaje a Manacor. Iba a ser una sorpresa, y aquella tarde que te las compramos el Señor nos sorprendió a nosotros. Porque esa fue la tarde que el Señor decidió cambiarlo todo. Y en un momento, tú ya no estabas. O, mejor dicho: *parecía* que ya no estabas. Al principio no pude asimilar el cambio. Yo me negué a aceptarlo. Estuve días en la cama. Llorando. Y llorando. Luego estuve un tiempo llevándolas, ¿sabes? Las aletas. Como las dos usamos un treinta y siete, un día decidí ponérmelas. Me quedaban perfectas. Y empecé a usarlas en casa. Iba con tus aletas de buceo caminando como un pato a cada lado. Porque yo quería sentir el daño al caminar, sentir el dolor a cada paso que daba con esas aletas que ya nunca te pondrías. Qué equivocada estaba. No sabía entonces que no hay que sentir dolor, solo una inmensa gratitud. Porque tú

sigues junto a mí. Ahora y siempre, aquí conmigo. El Señor me lo reveló aquel día que fui a la iglesia por primera vez. Por eso ahora vuelvo a agradeceréselo. ¡Gracias, Señor! ¡Gracias, Señor! Y sonrío hasta el final de la misa. Pero cuando ya me levanto y miro hacia la salida, entra ese hombre en la iglesia... ¡con nuestra bolsa! Abro los ojos. Miro otra vez. No hay duda, es nuestra bolsa. Y según lo estoy mirando, pienso en la situación. Si lo vieras, no lo creerías. Aunque quién sabe, quizá lo estás viendo. ¿Lo estás viendo? ¿Lo estás viendo? Zarrapastroso, desgredado. Esa chaqueta raída. Esos zapatones rotos. Y esa zarpa ennegrecida apresando nuestra bolsa. Un perrito le espera en la puerta con las orejas tiesas. El hombre avanza por el pasillo. Parece una broma de cámara oculta: alguien que tiene roña hasta en las orejas llevando la bolsa

de una lavandería. De nuestra lavandería. Sonríó porque sé que sonríes. Sonríó contigo. Sonreímos juntas. ¡Míralo! Viene hacia aquí. Sigue avanzando. Quizá busca al cura. Voy a darle una limosna. No, espera un momento. Se ha detenido. Se ha detenido ante las hornacinas. Se ha detenido ante los seis santos. Busca algo en la bolsa. Saca una moneda. La mete en la ranura de San Lucas. Ahora hace lo mismo con San Pancracio.

Ahora con Santa Brígida. Ahora con... Tu padre no se lo va a creer. ¿Lo ves? Dime que lo estás viendo. Dime que lo estás viendo. Sonríó porque sé que lo estás viendo.

